

ALGUNOS APORTES A LA COMPRENSIÓN PSICOLÓGICA DE LA IDENTIDAD ÉTNICA Y NACIONAL:

Revisión bibliográfica*

Yolima Alarcón Vásquez
Olga Hoyos De Los Ríos

YOLIMA ALARCÓN VÁSQUEZ

ESTUDIANTE DE DOCTORADO EN PSICOLOGÍA, UNIVERSIDAD DEL NORTE,
BARRANQUILLA (COLOMBIA); MAGÍSTRA EN DESARROLLO FAMILIAR, UNIVER-
SIDAD DEL NORTE; PSICÓLOGA, UNIVERSIDAD DEL NORTE.
yolialarcon35@gmail.com, alarcony@uninorte.edu.co

OLGA HOYOS DE LOS RÍOS

DOCTOR EN PSICOLOGÍA, UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID; PSICÓLOGA
UNIVERSIDAD DEL NORTE; DOCENTE DEL DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA;
MIEMBRO DEL GIDHUM DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE.
ohoyos@uninorte.edu.co

Dirección: Universidad del Norte, Km 5 vía a Puerto Colombia,
A.A. 1569, Barranquilla (Colombia)

* Esta revisión hace parte de una investigación desarrollada en el Doctorado en Psi-
cología, financiada por Colciencias.

RESUMEN

La identidad nacional es un tema en permanente debate. Es una parte fundamental de nuestra vida social y política y origen a la vez de comunión y conflictos. Los datos indican que las identidades nacionales, que son a la vez étnicas y cívicas, siguen estando firmemente arraigadas en la conciencia y en los sentimientos de las personas de todo el orbe (Smith, 1991), lo cual muestra la urgencia de tener un mayor comprensión acerca de cómo los individuos construyen sus sentimientos de pertenencia a un lugar, cultura o etnia.

En este artículo se intenta dar cuenta de la investigación acerca de la Identidad Nacional. Se examina un importante número de estudios planteados desde una aproximación cognitivo-evolutiva y desde una aproximación social.

La revisión realizada permite afirmar que dentro del marco del conocimiento social, la construcción de la identidad social (nacional y/o étnica) es uno de los aspectos que nos permite estudiar la génesis de la persona como pensador político, y comprender su conducta como ciudadano.

PALABRAS CLAVE: Identidad nacional, identidad étnica, identidad social, contexto social, conocimiento social.

ABSTRACT

National identity is an issue in permanent debate. It is a fundamental part of our social and political life, as well as, a point from which conflicts and agreements begin. Information regarding the subject shows that national identity, either ethnic or civic, is still firmly rooted in the conscience and feelings of people, despite their background (Smith, 1991). This previous statement shows the urgency of having a greater understanding of how the feelings of ownership of a place, culture or ethnicity are built by the individuals.

This article intends to give an account of researches about national identity. The article examines an important number of studies, that have cognitive, evolutive and social approach.

This revision allows to affirm that in the context of social knowledge, the construction of the social identity (national and/or ethnic) is one of the aspects that permit us to study the person's genesis as a political thinker, and to understand its behavior as a citizen.

KEY WORDS: *National identity, ethnic Identity, social Identity, social context, Social knowledge.*

INTRODUCCIÓN

Al comienzos del tercer milenio, la identidad nacional continúa siendo parte fundamental de nuestra vida social y política y a la vez origen de comunión y conflictos. Los datos indican que las identidades nacionales, que son al mismo tiempo étnicas y cívicas, siguen estando firmemente arraigadas en la conciencia y en los sentimientos de las personas de todo el orbe (Smith, 1991, cit. en Hoyos, 2003), lo cual muestra la urgencia de tener un conocimiento más profundo y riguroso acerca de cómo los individuos construyen sus sentimientos de pertenencia a un lugar, cultura o etnia. No se trata de responder a la pregunta de ¿quiénes somos?, se trata de avanzar en el conocimiento de los procesos, mecanismos e instrumentos que los individuos utilizan para construir una determinada identidad étnica y nacional (García, 2000).

El estudio de este tema resulta de gran complejidad, debido a que se sitúa en la difícil frontera entre lo individual y lo social; es lo que Labrador (2001, p. 48) expresa como: “La frontera aludida no es una línea clara bien definida, sino un extenso terreno que conforma una tierra de nadie, o mejor dicho, una tierra de todos”.

Aunque la identidad nacional, como concepto sociológico, político y cultural, tiene referentes empíricos, tales como territorio, fronteras, cultura, organización política, económica, entre otros (Hoyos, 2003), también se ha señalado que existe un aspecto central que a lo largo de la historia ha sido decisivo en la formación de naciones; incluso, en ausencia de las características mencionadas, éste se refiere a la VOLUNTAD colectiva de construir una comunidad nacional. Este punto, entre otros, se hace necesario en el estudio de este tema, pues debemos ir más allá de la mera consideración de lo político y tener en cuenta los aspectos más psicológicos de los fenómenos nacionales (Hoyos, 2003).

La identidad nacional es una categoría social que nos es dada desde el momento de nuestro nacimiento sin ninguna posibilidad de elección, al menos durante algunos años de nuestra vida. La socialización, descrita por los sociólogos (Berger & Luckmann,

1968, cit. en Hoyos, 2003) como el proceso mediante el cual los seres humanos interiorizamos las normas y valores del medio social en el que estamos inmersos, así como los distintos papeles sociales, sirve al mismo tiempo al Estado para garantizar la transmisión de la cultura nacional, ya que logra generar sentimientos de apego más o menos estables hacia la comunidad nacional.

¿Pero, qué se entiende por identidad nacional?

Resulta difícil ofrecer una definición de identidad nacional; sin embargo, podemos decir que existe cierto consenso, principalmente entre sociólogos, sobre algunos elementos que se tienen en cuenta para definir dicha identidad. Podemos decir entonces que al hablar de identidad nacional se hace alusión a:

1. Un territorio histórico o patria,
2. recuerdos históricos y mitos colectivos (que sustentan la historia de la etnia de origen),
3. una cultura de masas pública y común para todos,
4. derechos y deberes legales iguales para todos los miembros,
5. y una economía unificada que permite la movilidad territorial de los miembros (Smith, 1991; 1994)

Aunque dentro de estas características no se hace mención al sentimiento nacional, no se desconoce que la defensa de toda identidad nacional está acompañada de aspectos afectivos que vinculan al individuo con el grupo nacional (Hoyos, 2003).

Desde la psicología social se ha definido la identidad nacional como un mero componente de la identidad social, es decir, la parte del autoconcepto personal que se deriva de la pertenencia a una nación. En tanto que categoría social envuelve un estereotipo —una forma de verse en cuanto miembro de esa nación— y tiende hacia el estereotipo de otras naciones por la simplificación y generalización de características a todo un grupo nacional. (Torres, 1994).

Como lo señala Hoyos (2003) esta definición de la identidad nacional se sustenta en las explicaciones aportadas por la teoría de la identidad social y, en general, por los trabajos realizados por

Tajfel y Turner a partir de la década de los setenta. Según esta teoría, la identidad social –nacional en nuestro caso– se construye a partir de un proceso de comparación, mediante el cual el sujeto diferencia entre el propio grupo y el de los otros, comparación en la que las características del propio grupo se convierten en las mejores características y esto, a su vez, repercute en una autoestima positiva para los miembros del grupo (nacional) (Hoyos, 2003).

Torres (1994, cit. en Hoyos, 2003)), resumiendo los aportes de los trabajos de Tajfel y Turner, explica que la transición de la identidad personal a la identidad nacional, y viceversa, es un proceso de interacciones múltiples con consecuencias conductuales bien distintas. Los individuos actúan de una forma en tantos individuos, y de otra en cuanto miembros de un grupo. La clave es el cambio que se produce entre la relación interpersonal y la relación intergrupala. Para estos autores la identificación con el grupo descansa en la despersonalización, en la actuación conforme a la expectativa grupal; sin embargo, esta despersonalización puede ser sólo de situación, por consiguiente poco estable, o bien ser una norma de conducta que dura toda la vida. No obstante, a pesar de la gran influencia social, la actividad individual del sujeto, junto con la influencia del ambiente cultural, influencias educativas, aspectos afectivos y aspectos situacionales, entre otros, dejan un margen amplio para las diferentes construcciones. Las explicaciones dadas por Tajfel y Turner plantean a los defensores de la teoría de la identidad social la necesidad de volver a formular, al menos parcialmente, la teoría.

Desde el enfoque cognitivo estructural, creemos que es posible dar cuenta de una variedad de respuestas cognitivas y emotivas, que se evidencian en los diferentes grados de apego y expresiones conductuales frente al hecho nacional en distintos momentos evolutivos. Es decir, entendemos la identidad nacional y étnica no sólo como un mero componente de la identidad social, es decir, la parte del autoconcepto personal que se deriva de la pertenencia a una etnia o nación (Torres, 1994), sino también como un hecho cognitivo y emocional que va formándose a partir de la interacción del

sujeto con una variedad de contextos (Del Barrio, 1979; Moreno, 1979; Delval & Del Barrio, 1981; Cutts Dougherty, Eisenhart & Webley, 1992; Torres, 1994; Hoyos & Del Barrio, 2006).

En esta línea de ideas, en este artículo, sin pretender ser exhaustivos, intentaremos revisar algunos estudios empíricos que, por un lado, dan cuenta de la formación de la identidad nacional y étnica, como una identidad social y, por el otro lado, un grupo de estudios que centran su atención en los cambios cognitivos en la comprensión de un hecho social, como es el caso de la identidad nacional, que se van produciendo con la edad.

1. LA IDENTIDAD ÉTNICA Y NACIONAL DESDE LA TEORÍA DE LA IDENTIDAD SOCIAL

A partir de los trabajos de Tajfel (1972) sobre la categorización social y los de Turner (1975) sobre la relación entre comparación social e identidad social y sus efectos en la conducta intergrupala, se formula la teoría del conflicto intergrupala. Aunque estos autores resaltan la pertenencia a un grupo en la definición del sí mismo distinguen aspectos más individuales de la identidad, lo que les lleva a señalar un *continuum* que va desde un enfoque más social a uno más individual. Plantean una dicotomía entre lo individual y lo colectivo; de tal modo que los sujetos ubicados en un polo de lo individual actuaran en sus relaciones interpersonales como individuos, sin que medie ninguna influencia de su pertenencia a un grupo, mientras que en el polo contrario las relaciones son intergrupales y están determinadas, ineludiblemente, por la pertenencia a un grupo. Aunque algunos investigadores (Lorenzi-Cioldi, 1996), señalan que los mismos individuos pueden actuar como personas o como grupos, para Tajfel y Turner esto sólo es posible cuando los actores se encuentran en contextos diferentes y, por tanto, en distintos momentos.

Según Lorenzi-Cioldi y Doise (1996, p.75), el trabajo de Tajfel sobre categorización social estuvo influenciado por la teoría de la comparación social de Festinger (1954, cit. en Lorenzi-

Cioldi & Doise, 1996), lo que le lleva a plantear que un individuo “intentará mantener su pertenencia a un grupo y buscará adherirse a otros grupos si estos pueden reforzar los aspectos positivos de su identidad social” y señala que “[...] esos aspectos positivos sólo adquieren significado en relación con las diferencias percibidas de cara a los demás grupos”. De este modo, la necesidad de ser valorado positivamente se convierte para Tajfel en una necesidad de pertenecer a grupos valorados positivamente en relación con otros y es común a todos los seres humanos.

En esta línea de ideas, los trabajos de Turner (1975) a partir de las ideas de Tajfel (1972), sugieren que la valoración de la identidad social sólo es posible mediante la comparación entre grupos (Montero, 1996). El resultado de esta comparación siempre es beneficioso para el propio grupo al que se le atribuyen las características más positivas. Esto es posible mediante el proceso de competición social, que es fundamental para la construcción de la identidad social. La competición social es posible, a su vez, gracias a un proceso explícito de categorización social que permite que las personas organicen y sistematicen su entorno, a la vez que se orientan para la acción y la actualización de valores. Este proceso de categorización le permite a la persona identificar su grupo de referencia, así como las características que los distinguen de otros grupos con los que no comparte similitudes. Estas ideas permitieron estructurar la teoría de la identidad social de la conducta intergrupala.

Dos aspectos centrales implícitos en la teoría de la identidad social son el autoconcepto y la autoestima. La pertenencia a un grupo está asociada a atributos positivos y negativos que son valorados socialmente y de ella deriva la identidad social. De este modo podría hablarse de una identidad social positiva, como aquella que resulta de una comparación que es favorable para el propio grupo, y de una negativa, como aquella en la que el producto de la comparación con otros grupos resulta insatisfactorio para los miembros del grupo. Según Tajfel y Turner, la consecuencia de una insatisfacción con la identidad social del propio grupo movilizaría

a sus miembros a abandonar el grupo en cuestión y buscar otros o generar un nuevo grupo, con atributos más positivos y mejor valorados socialmente.

De estas ideas surge una tercera teoría complementaria a las anteriores, la “teoría de la categorización del yo” (Turner, 1990, cit en Lorenzi-Cioldi & Doise, 1996). Tal como lo expresan estos autores, con esta teoría los factores que hacen inclinarse a los individuos hacia un polo u otro quedan conceptualizados a un nivel más específicamente cognitivo. Según esta teoría, existe una tendencia humana que lleva a establecer distinciones valoradas de modo positivo entre el *endogrupo* y *exogrupos* relevantes. Por lo tanto, la pertenencia a un estatus subjetivo inferior no promueve la competencia directa intergrupal y mientras más baja sea la posición en relación con grupos de comparación significativos, menos contribuirá a crear una identidad social positiva (Tajfel & Turner, 1979). Según Turner (1990, cit en Lorenzi-Cioldi & Doise, 1996) la autoevaluación negativa constituye un estado *motivacional aversivo* que impulsa a la actividad psicológica a restaurar la autoestima. En líneas generales, para este autor las categorías del yo tienden a ser positivas. Esta teoría explica el paso de la identidad personal a la identidad social con base en el proceso de despersonalización, que consiste en un proceso psicológico que conduce a mayor uniformidad y homogeneidad de los comportamientos y representaciones dentro de un grupo, a su *intercambialidad*, a una menor *saliencia* de la identidad personal en beneficio de la identidad colectiva. Ésta designa la transformación de una percepción y de un comportamiento que se producen, en lo sucesivo, en función de la identidad social compartida. Para estos autores la despersonalización del yo es el proceso que subyace a los fenómenos grupales.

Hasta aquí, con base en los autores citados, hemos presentado una síntesis de la evolución de los trabajos de Tajfel y Turner, a partir de los cuales se desarrolló la teoría de la identidad social, cuyas ideas principales pueden resumirse, en términos generales, de la siguiente manera:

1. Los individuos intentan mantener o aumentar su autoestima – intentan acceder a una concepción positiva de sí mismos.
2. Los grupos sociales o categorías (y el hecho de pertenecer a ellos) están asociados a connotaciones positivas o negativas. Debido a ello, la identidad social puede ser positiva o negativa según las valoraciones (que tienden a ser compartidas socialmente, ya sea dentro o entre los grupos) de dichos grupos que contribuyen a la identidad social de un individuo.
3. La valoración del propio grupo está determinada por la relación con algunos grupos específicos, por medio de comparaciones sociales en atributos o características cargadas de valor. Las comparaciones que desembocan en una diferencia positiva entre el grupo de pertenencia y otro grupo producen un prestigio elevado; las comparaciones que implican una diferencia negativa dan lugar a un bajo prestigio.

A partir de estas propuestas Tajfel y Turner deducen los siguientes principios teóricos:

1. Los individuos intentan acceder a (o mantener) una identidad social positiva.
2. La identidad social positiva se basa, en gran medida, en las comparaciones favorables que pueden hacerse entre el grupo de pertenencia y algunos otros grupos pertinentes. El grupo debe ser percibido como positivamente diferenciado o distinto de los demás grupos pertinentes.
3. Cuando la identidad social no es satisfactoria, los individuos intentan abandonar el grupo para unirse a un grupo más positivo, y/o diferenciar al grupo en un sentido más positivo. (Tajfel & Turner, 1979 -1986)

La identidad social según Tajfel y Turner (tomado de Lorenzi-Cioldi, 1996; p.76).

De aquí en adelante, apoyados siempre en los trabajos citados, revisaremos los alcances y limitaciones de los planteamientos de Tajfel y Turner.

Lorenzi-Cioldi (1996) y Montero (1996) coinciden en que la teoría de la identidad social está basada en pocos postulados que, no obstante, se convierte en una teoría bastante general y que resul-

ta simplificadora a la hora de explicar distintos hallazgos de investigación.

Los procesos de comparación social, de categorización social y despersonalización del yo, en los que se centran sus explicaciones, no dan cuenta de una gran variedad de comportamientos en los seres humanos. Mediante la despersonalización, el individuo se inserta en un plano grupal; una vez en el grupo, mediante la comparación social, el individuo identifica atributos que ha categorizado como positivos, de este modo tipifica unos atributos positivamente valorados, los cuales atribuye a su grupo de pertenencia y niega al *exogrupo* (Montero, 1996).

Para Montero (1996), la idea central de estas explicaciones tiene un carácter motivacional cognoscitivo. Según esta autora, se construyen identidades sociales de acuerdo con una tendencia racional, orientada hedónicamente, ya que la búsqueda de un nivel óptimo de funcionamiento individual y social trata de evitar situaciones *displacenteras*. Estas explicaciones apoyan la idea de que las identidades sociales deben ser positivas y por ello cuando su evaluación es negativa, las personas buscarán transformarlas cambiando su signo o abandonarán los grupos marcados por ellas en busca de otros más *recompensantes*. Sin embargo, Montero señala que existen identidades *descalificantes*, *minusvaloraciones* del *endogrupo*; lo que llama identidades negativas. En algunos de estos casos, la huida, el abandono de la situación o la consideración de la posibilidad de iniciar un movimiento social destinado a cambiarla, pueden ser vistos como imposibles o como temibles. Por lo tanto, el incentivo y la satisfacción residentes en la categorización positiva no son ya lo suficientemente fuertes como para movilizar a la acción ante la percepción de la situación que se posee. En tales casos, anota Montero, es la ideología, con su capacidad distorsionadora y ocultadora, la que juega un importante papel al suministrar las explicaciones y argumentos que permiten aceptar una definición *descalificante* del propio grupo.

Esta investigadora considera la teoría de la identidad social y las teorías complementarias como teorías construidas a partir del

yo individual; según ella, se configura una teoría del autoconcepto en su contacto con la dinámica de los grupos de pertenencia y de las relaciones intergrupales y se basa más en un modelo de un observador mucho más solitario, restringido a la evidencia de sus sentidos y atrapado dentro de un marco más perceptual que social (Montero, 1996, p.402)

Montero (1996), de manera general, señala que los trabajos de Tajfel y Turner no han tenido en cuenta las condiciones sociales de diferentes contextos en los que se comparte una definición grupal *descalificante*, valorada negativamente por comparación con otros grupos e, incluso, desprestigiada por los mismos sujetos incluidos en ella. Por tanto, sus postulados serían válidos o susceptibles de generalización en contextos que compartan las mismas características. Por otro lado, también considera que estos trabajos no dan cuenta del contexto histórico, social y cultural en el que se desarrollan estos procesos. Por tales motivos, las ideas de Montero son bastante sugerentes y creemos que deben ser consideradas en el marco de nuestro trabajo, ya que el grueso de sus investigaciones se ha desarrollado en países latinoamericanos, entre los que se encuentra Colombia. Por otro lado, al referirse a la construcción de la identidad nacional, realiza un aporte a la comprensión del tema que nos ocupa, a la luz de la teoría de la identidad social y las diferencias que pueden surgir en distintos contextos

La principal crítica de Montero a la teoría de Tajfel se centra en el concepto de identidad positiva y en la búsqueda ineludible de grupos que aporten elementos positivos a la autoestima. En este sentido encuentra diferencias en los procesos de comparación social y de competencia social, en los que, según sus resultados, el *exogrupo* sale beneficiado y se le atribuyen características positivas. De este modo, en estudios sobre la identidad nacional en países latinoamericanos ha encontrado una afirmación por parte de los miembros del *endogrupo* de las características positivas del *exogrupo* (Montero 1996, p.403). Encuentra que hay comparación social, hay *despersonalización*, pero no hay competición social y al mismo tiempo se mantiene la identidad. Contrariamente a lo que postula Turner

(1990), no hay un movimiento motivacional definido, dirigido al cambio del signo negativo del *endogrupo*; como tampoco sucede que sus integrantes se aparten de él, renegando de la afiliación e identidad que los tipifica como miembros de ese grupo. Las personas se siguen *autocatalogando* como nacionales de sus países, con los que establecen una relación que bien podría catalogarse de amor-odio, puesto que si bien se descalifican en tanto que nacionales, atribuyéndose características negativas y una imagen general *minusvalorada*, a la vez mantienen formas de apego ligadas a elementos de carácter patrióticos, que en algunos casos han sido calificadas de *superestructurales* o míticas (Montero 1996, p.404).

De sus trabajos surge el concepto de *altercentrismo*¹, que es la referencia al Otro social externo (sea país, etnia o grupo) contrapuesto al Nos social, al cual se instituye como modelo o parangón positivo, muchas veces hipervalorado, contrastante con la desvalorización del propio grupo. En este proceso, según explica, se hace del Otro el centro de comparación, el eje y modelo positivo, en torno al cual se hace rotar la propia identidad, definida como su contraria negativa. Es un fenómeno contrario al *etnocentrismo*.

Estas consideraciones la llevan a afirmar que el proceso de categorización social es más complejo. Para esta investigadora, el proceso se da de la siguiente manera:

“El *endogrupo* es asumido a la vez como un Nosotros, al cual se pertenece, respecto del cual se tiene apego y con el cual se tiene una historia de intereses comunes. Y como resultado de un proceso de comparación social desfavorable, en el cual se adopta una perspectiva externa, proveniente de grupos hipervalorados, es asumido también como Otro, es decir, como un grupo excluido de ciertas cualidades. Esto se debe a que los procesos de comparación y competición social pueden producir resultados diferentes, según la ubicación del *endogrupo* respecto de *exogrupos* relevantes, en ordenamientos de carácter político, económico, cultural,

1 Para revisiones más profundas sobre el altercentrismo consultar Montero, M. (1984).

tecnológico, históricamente desarrollados y vividos. De esta manera, respecto de ciertos grupos percibidos como iguales, en cuanto a su ubicación en esos ordenamientos, se producen categorizaciones positivas para el *endogrupo* y negativas para el *exogrupo*, en un típico conflicto intergrupar que se ajusta a lo descrito por Tajfel y Turner. Pero esto no ocurriría con grupos percibidos como relevantes y con los cuales se tuvo una situación de dominación-sumisión, en la que el *exogrupo* tuvo el rol dominador. En estos casos no se da un conflicto intergrupar ya que, al mismo tiempo, existen sentimientos de rechazo hacia esos grupos, pero se les reconoce cierta superioridad produciéndose un proceso de categorización social del *exogrupo* en el cual se producen estereotipos positivos del mismo” (Montero 1996, p.408)

Los aportes de Montero resultan de especial interés y plantean la necesidad de dar respuestas a los comportamientos que la teoría de la identidad social en las formulaciones de Tajfel y Turner dejan sin explicación. No obstante, es importante reflexionar si la identidad negativa y la conformidad de los miembros de los grupos que la poseen es algo escogido, deseable y, por tanto, estable o si obedece a las situaciones que, Montero misma señala, son percibidas como difíciles, riesgosas e incluso imposibles de cambiar. Creemos que no debe confundirse la identificación que se da a nivel cognitivo con un grupo de pertenencia, como lo puede ser el grupo nacional y que posee características valoradas de manera negativa, y la imposibilidad percibida de suscitar un cambio, ya sea para abandonarlo o transformarlo, como indicador de que no existe un deseo interno de los miembros del grupo por procurar una mejor valoración en su identidad social.

Con base en las consideraciones previas, el primer grupo de trabajos que revisaremos se pueden organizar en las siguientes categorías: *estudios sobre la identidad nacional*, *estudios sobre identidad étnica* y *estudios que indagan tanto en la identidad étnica como en la nacional*.

1.1. ESTUDIOS SOBRE IDENTIDAD NACIONAL DESDE LA TEORÍA DE LA IDENTIDAD SOCIAL

Es importante citar un número importante de estudios sobre la identidad nacional, que están fundamentados en la teoría de la identidad social y fueron desarrollados principalmente en el contexto latinoamericano; específicamente en Venezuela se encuentran los estudios de Salazar (1992) y Montero (1996). En éstos, el autor desarrolló toda una línea de investigación acerca del concepto de nacionalismo hasta llegar a una propuesta de identidad latinoamericana. Salazar da cuenta de la identidad latinoamericana, con base en tres estudios realizados por él mismo.

En un primer estudio sobre el problema de la imagen del latinoamericano y su valoración (Salazar, 1983 citado en Salazar, 1992), se encontró que la actitud hacia el latinoamericano es positiva y dicha actitud es significativamente más favorable que la expresada hacia el grupo nacional propio; el segundo estudio (Salazar & Banchs, 1985, citado en Salazar, 1992), sobre la atribución de características a las categorías “nosotros los latinoamericanos” y “nosotros los venezolanos”, mostró que el 61% de los sujetos atribuían características más positivas a “nosotros los latinoamericanos” que a “nosotros los venezolanos”, y sólo el 16% expresaba la tendencia contraria; en el tercer estudio (Salazar, 1989, citado en Salazar, 1992) se exploró el grado de identidad con la categoría latinoamericana y se encontró que aquellos que se identifican con Latinoamérica resaltan características positivas de la personalidad del latinoamericano.

Es de resaltar que todos estos estudios son realizados con muestras de diferentes países latinoamericanos, incluyendo a Colombia. En ellos se utilizan escalas bipolares, encuestas con preguntas cerradas e, incluso, preguntas abiertas. Los resultados obtenidos permitieron concluir que esa mayor atribución positiva hacia la identidad latinoamericana que al propio grupo nacional se explica en la existencia y percepción de una comunidad imaginada, con potencialidad de garantizar la trascendencia, lo cual permite a los sujetos considerar esa comunidad imaginada latinoamericana como

más poderosa que las comunidades imaginadas más restringidas de Colombia, Venezuela o Chile.

Por otra parte, y en la misma línea, se encuentra el estudio Montero (1996), quien realizó un trabajo sobre la identidad social negativa y la crisis socioeconómica, también en Venezuela y con 212 personas residentes en Caracas. La autora fundamenta este trabajo en una enérgica crítica realizada a la teoría de Tajfel y Turner con respecto a la necesidad de abandono de los grupos que no proporcionan satisfacción a la identidad social de un individuo (aspecto referenciado previamente). Estos conceptos cobran importancia en un contexto como Venezuela, ubicado en Latinoamérica como un país en crisis social y económica, la cual no es ajena a otros países latinoamericanos, como Colombia. Con estos fundamentos la autora, a través de una encuesta con preguntas cerradas y una abierta, encuentra que frente a las respuestas a las preguntas cerradas existe una tendencia a una atribución positiva en la identidad nacional a pesar de haber aspectos contradictorios, mientras en las respuestas a la pregunta abierta predomina la negatividad y una percepción de la crisis marcado por el deterioro de la calidad de vida. Estos resultados permiten tener dos ideas presentes: la primera es que el tipo de preguntas influye en la percepción de la identidad nacional, y la segunda, que se presentan atribuciones negativas a la propia identidad social.

En esta misma línea teórica se han realizado estudios sobre la identidad del colombiano y se encontraron los siguientes trabajos:

Palacio y Gosling (1997), quienes estudiaron el efecto de la imagen positiva o negativa de Colombia sobre la identidad social de 68 inmigrantes colombianos en París, a los que se les aplicó el procedimiento de las Matrices de Tajfel (citado por Bornstein et al., 1983) y también una lista de 34 adjetivos, encontraron que la imagen de Colombia no modificó de manera significativa la identidad social de los sujetos; sin embargo, los inmigrantes en general, y más específicamente los hombres, dieron respuestas que tienden a una identidad social negativa, según las Matrices de Tajfel. Estos resultados coinciden con un estudio realizado posteriormente y que citamos a continuación.

Palacio, Abello, Madariaga y Sabatier (2001) también indagaron acerca de si las imágenes negativas difundidas sobre Colombia modificaban la identidad étnica y la autoestima del colombiano dentro o fuera de su país. Este estudio se realizó con 156 colombianos; 36 en Europa y 120 en Colombia, mediante la aplicación de un cuestionario de identidad étnica de Phinney (1992) y teniendo en cuenta el inventario de Autoestima de Coopersmith (1984). Los resultados encontrados muestran principalmente que la autoestima y la identidad étnica de los colombianos no se modificó por la imagen positiva o negativa de su país. Se encontró también que las mujeres presentaron una identidad étnica más elevada que los hombres, mientras que éstos tendieron a entrar más fácilmente en contacto con otros grupos étnicos. Además, los sujetos en Colombia presentaron una autoestima más elevadas que los residentes en Europa. Los sujetos asignaron mucho más adjetivos positivos y menos negativos a los colombianos que a los europeos, lo que indica que evaluaron de una manera más favorable el grupo de pertenencia que el grupo de referencia.

Por otra parte, Rodríguez, Betancor, Rodríguez, Quiles, Delgado y Coello (2005) estudiaron también la identidad nacional teniendo en cuenta distintos niveles de inclusividad frente al prejuicio hacia el exogrupo. Se utilizó una muestra de 1200 estudiantes de bachillerato de las islas Canarias, con una edad media de 17,5 años, en un primer estudio, y 75 estudiantes de primer curso de psicología, en un segundo estudio.

Para un mayor entendimiento de este par de estudios, los autores explican que la categorización del yo, propuesta desde la teoría de la identidad social, forma parte de un sistema jerárquico de clasificación con tres niveles mínimos, a saber: el supraordenado, que implica mayor abstracción y menos conocimiento específico de las características de un grupo; el intermedio, con un nivel medio de abstracción, y el subordinado, que es el nivel más concreto y con mayor información distintiva. Teniendo en cuenta esto, en el primer estudio se pretendió conocer qué efectos tienen diferentes identidades con distintos niveles de inclusividad en el prejuicio

hacia diversos exogrupos, y si una categoría altamente inclusiva (supraordenada) se asocia a niveles más bajos de prejuicios hacia el exogrupo que los menos inclusive (subordinada). Para esto se utilizaron dos instrumentos: un cuestionario de identidad y una escala de identidad social, y se encontró que, efectivamente, cuanto menos inclusiva es la identidad activada más negativa es la actitud hacia los exogrupos.

En el segundo estudio se procuró verificar si a medida que se desciende en el nivel de inclusividad se amplifica la tendencia a infrahumanizar el exogrupo, para lo cual se llevó a cabo un cuadernillo con tres tareas. Frente a este aspecto se encontró que los sujetos aplicaron más características positivas al exogrupo en la condición supranacional, que en la nacional y en esta más que en la regional. Este estudio permite expresar que el nivel de inclusividad no es un aspecto irrelevante en relación con la evaluación de los exogrupos y que cualquier persona puede modificar su patrón de respuesta en función de la saliencia que adopte una u otra categoría de pertenencia.

El estudio de la identidad nacional desde la teoría de Tajfel y Turner nos muestran que, evidentemente, existe una tendencia a favorecer la evaluación del endogrupo frente al exogrupo, a pesar del contexto negativo en que esta se pueda desarrollar. Palacio y Gosling (1994) y Palacio y Sabatier (1997) encontraron que la imagen negativa de Colombia no modificó de manera significativa la identidad social de los sujetos, y se les asignó mucho más adjetivos positivos y menos negativos a los colombianos que a los europeos, lo que indica que evaluaron de una manera más favorable el grupo de pertenencia que el grupo de referencia; sin embargo, los inmigrantes en general, y más específicamente los hombres, dieron respuestas que tienden a una identidad social negativa, según las Matrices de Tajfel.

Esto coincide con los estudios de Salazar (1983) citado en Salazar (1992), sobre la imagen del latinoamericano y su valoración, donde se encontró que la actitud hacia al latinoamericano es positiva, y dicha actitud es significativamente más favorable que la

expresada hacia el grupo nacional propio; el 61% de los sujetos atribuían características más positivas a “nosotros los latinoamericanos” que “a nosotros los venezolanos”, lo que indica que bajo condiciones especiales, como países con muchos conflictos internos como Colombia y Venezuela, no siempre se evaluará de la mejor manera al endogrupo. Otros estudios pueden apoyar estos hallazgos al tener en cuenta que la identidad social asume diferentes niveles de inclusividad y que la saliencia de uno de estos niveles influirá en las valoraciones frente a determinada identidad. Es así como Rodríguez et al. (2005) encontró que el nivel de inclusividad no es un aspecto irrelevante en relación con la evaluación de los exogrupos, y que cualquier persona puede modificar su patrón de respuesta en función de la saliencia que adopte una u otra categoría de pertenencia.

1.2. ESTUDIOS SOBRE IDENTIDAD ÉTNICA DESDE LA TEORÍA DE LA IDENTIDAD SOCIAL

Según la distinción hecha, en este primer grupo de estudios se encuentra un número considerable de investigaciones dirigidas a la exploración de la identidad étnica. Se hace referencia inicialmente a una investigación en la que se exploró la identidad étnica en adolescentes del grupo nativo Sami y el impacto de la familia y de la comunidad étnica (Kvernmo & Heyerdahl, 1996). Este estudio se realizó con una muestra de 245 estudiantes Sami, tomados de 23 institutos de enseñanza de secundaria en ocho municipalidades en Finnmark, Noruega. Entre otros aspectos se midió la pertenencia étnica y la autoidentificación étnica, a través de un cuestionario de autoinforme. Los autores encontraron que la autoidentificación fue igualmente distribuida en las tres categorías de identidad explorada (Sami, bicultural y noruego), y que la autoidentificación fue fuertemente relacionada con la región geográfica y la familia. Según el contexto geográfico, en la costa la mayoría se identificó con noruego o bicultural, y en la montaña, como bicultural, esto teniendo en cuenta la relación sugerida entre la identidad positiva

y la comunidad étnica organizada y cohesionada (Driedger, 1976; McGuire & Padawer-Singer, 1976; McGuire et al., 1978; Rosenthal & Hrynevich, 1985, citados en Kvernmo & Heyerdahl, 1996), la cual es más característica en la montaña que en la costa. Se encontró entonces una mayor conciencia étnica en los adolescentes de la montaña que en la costa, a pesar de que en ambos contextos geográficos el ingreso al grupo étnico fue igual; esto también se fundamenta en la relación entre la densidad de los miembros del grupo étnico y la identidad étnica, lo cual es directamente proporcional (García & Lega, 1979; Padilla, 1980; Alba & Chamlin, 1983, citados en Kvernmo & Heyerdahl, 1996). Por su parte, la influencia de la familia se da con respecto a los comportamientos étnicos al interior de éstas, tales como el uso de la lengua y de la vestimenta étnica, lo que refuerza el establecimiento de la identidad étnica en los niños. Esto se fundamenta y apoya en resultados de estudios en matrimonios interétnicos en los que se ha asumido que éstos debilitan los lazos étnicos, aunque se ha hecho muy poca investigación al respecto. Estos resultados señalan que las manifestaciones de la autoidentificación étnica están estrechamente relacionadas a factores contextuales, lo cual coincide con lo planteado por Phinney y Rosenthal (1992), citado en Kvernmo y Heyerdahl (1996), quienes señalan que el desarrollo de la identidad étnica se relaciona con factores contextuales. Este aspecto le da un componente especial a este estudio, que es compartido con otras investigaciones de identidad étnica que citaremos más adelante.

El tema de la identidad étnica ha sido estudiado en relación con diferentes aspectos, entre ellos el amor propio, aspecto que se abordó en el trabajo de Umaña-Taylor (2004). El propósito de esta investigación estuvo enmarcado en la correlación entre identidad étnica y amor propio, el cual se esperaba sería significativo y positivo para adolescentes que asisten a escuelas predominantemente no latinas y equilibradas (latinas y no latinas), y no se encontraría ninguna relación significativa entre identidad étnica y amor propio para adolescentes que asisten a una escuela predominantemente latina, para lo cual se trabajó con una muestra muy amplia de

1062 adolescentes de origen mejicano, que asistían a tres escuelas públicas de secundaria. Una de las escuelas tenía un alto porcentaje de estudiantes latinos; otra contaba con igual porcentaje de estudiantes latinos y no latinos, y la tercera, con un bajo porcentaje de estudiantes latinos. Este estudio se fundamenta en la relación de la identidad social con el autoconcepto. Frente a esto Phinney (1991), citado en Umaña-Taylor (2004) ha sugerido que la relación entre identidad étnica y amor propio se sostiene sólo en adolescentes para quienes la pertenencia étnica es saliente. De igual forma, algunos autores manifiestan que la valoración positiva del grupo étnico al que pertenece realza el amor propio de la persona (Lorenzo-Hernandez & Ouellette, 1998 citado en Umaña-Taylor, 2004).

El trabajo de Umaña y Taylor también se fundamenta en un aspecto de la teoría ecológica, y explora la influencia de contextos macros y micros, tales como escuelas, vecindades, sociedades (García Coll et al., 1996, citado en Umaña-Taylor, 2004) y el postulado que afirma que las vidas de los individuos son insertadas en contextos múltiples y, cuando tal, estos contextos pueden trabajar juntos para influir en las experiencias de los sujetos, de acuerdo con Bronfenbrenner (citado en Umaña-Taylor, 2004). Este estudio arrojó como resultado que la identidad étnica es más saliente para adolescentes de origen mejicano, cuando ellos están en un contexto de minoría que en un contexto de mayoría; los adolescentes que asisten a la escuela con la población latina más grande relataron los tanteos de identidad étnicos más bajos. Asimismo, se encontró que la relación entre identidad étnica y amor propio permaneció significativa para adolescentes de origen mejicano, sin tener en cuenta si ellos eran una minoría numérica o una mayoría en sus escuelas. Esto se explica porque, en términos generales, siguen siendo una minoría étnica en la sociedad de Estados Unidos. Estos resultados sugieren que la fuerza de la relación entre identidad étnica y amor propio pueda no cambiarse en el contexto social determinado.

Supple, Ghazarain, Frabutt, Plunket y Sands (2006) retoman el análisis de la identidad étnica, teniendo en cuenta las influencias

contextuales. Retomando los estudios de Umaña-Taylor (2004), estudiaron además los resultados académicos. Para este estudio los autores emplearon una muestra de 187 adolescentes de familias inmigrantes que residen en un área metropolitana grande en California del Sur. Casi todos los sujetos nacieron en los Estados Unidos, de padres inmigrantes (de México, Guatemala y El Salvador) y la mayoría de participantes era bilingüe. Supple et al. (2006) analizan en este trabajo: a) Las asociaciones que se dan entre componentes de identidad étnica (exploración, resolución, afirmación) y socialización de familia étnica, comportamientos paternales y características de vecindades e individuos; b) La relación que se da entre identidad étnica adolescente latino y resultados académicos, y c) La crianza de los hijos, características de vecindad y género del adolescente como aspectos importantes en la asociación o dependencia entre socialización étnica de la familia, y los tres elementos de identidad étnica. Estos análisis se llevan a cabo a través de una Escala de Identidad Étnica usada por Umaña-Taylor (EIS; Umaña-Taylor et al., 2004) y una medida de Socialización Étnica para la Familia (FESM; Umaña-Taylor et al., 2004).

Asimismo, estos análisis se fundamentan en los modelos conceptuales que describen la identidad étnica como un concepto multidimensional, y explican que la construcción de ésta se produce por la exploración, la resolución y la afirmación de la identidad (Bernal, Caballero, Ocampo, Garza & Cota, 1993; Umaña-Taylor & Fino, 2004; Umaña-Taylor, Yazedjian & Bamaca-Gómez, 2004, citados en Supple, et al, 2006). Además, estos autores conceden un lugar importante a la familia y a la influencia de los factores contextuales en la vecindad o grupo de par, y características individuales (ej: lengua) en la construcción de la identidad étnica. Este estudio obtuvo en sus resultados que la socialización de la familia étnica positivamente tiene que ver con exploración y resolución étnica, pero no con afirmación étnica. De igual forma, la influencia de la percepción de la vecindad presentó relación con exploración y resolución étnica, pero no se asoció con la afirmación. Sin embargo, se evidenciaron asociaciones ligeramente significativas entre bilingüis-

mo y estado generacional (nacido en los Estados Unidos) y mayores niveles de la afirmación étnica.

Este estudio reconoce la influencia del contexto en el desarrollo de la identidad étnica; sin embargo, al asumir este proceso en sus tres aspectos (exploración, resolución y afirmación), han dado unos supuestos más detallados y profundos, y se concluye que aunque el estímulo familiar para participar en actividades culturales y relacionarse con miembros del grupo pueda conducir al aumento de éstas y el conocimiento de grupo por adolescentes, es decir, la exploración, estos esfuerzos de socialización no necesariamente promueven el aumento del aspecto positivo hacia el grupo, es decir, la afirmación étnica. Esto resulta de mucho interés debido a que la mayoría de los estudios realizados han asumido estas subdimensiones mezcladas para formar un resultado total de la identidad étnica, lo cual se constituye en la principal crítica realizada por Supple et al. (2006) a las investigaciones realizadas sobre la identidad étnica.

Por otra parte, estos estudios respaldan una evidencia de la influencia del medio en las autoidentificaciones étnicas, y se encontró que la condición lingüística familiar tiene un papel fundamental; pero no sólo el uso de determinada lengua influye en las autoidentificaciones, también ha sido fuertemente relacionada con la región geográfica y la familia, como lo muestran (Kvernmo & Heyerdahl, 1996), quienes encontraron que, según el contexto geográfico, en la costa la mayoría se identificó como noruego o bicultural y en la montaña como bicultural, esto teniendo en cuenta la relación sugerida entre la identidad positiva y la comunidad étnica organizada y cohesionada, y se encontraron estas características con mayor fuerza en la montaña que en la costa. De igual forma, Sabatier (2006) encontró que las relaciones familiares han ejercido una influencia más alta que lo esperado en estudios anteriores con respecto a la identificación étnica positiva.

Otro aspecto que resulta de mucho interés es la importancia de estudiar la identidad étnica entendiéndola como un concepto multidimensional, y ante esto Supple et al. (2006) sugiere dejar de realizar estos estudios asumiendo las subdimensiones de la iden-

tividad étnica de forma mezclada para formar un resultado total de la identidad étnica, sugiriendo tener en cuenta que la identidad étnica implica aspectos como la exploración, la resolución y la afirmación étnica. Bajo esta diferenciación, Suple et al. (2006) encontraron que tanto la socialización positiva de la familia étnica como la percepción de la vecindad se relacionan con la exploración y la resolución étnica, pero no muestran ninguna correlación significativa con la afirmación étnica, sin embargo, se evidencian asociaciones ligeramente significativas entre mayores niveles de afirmación étnica bilingüismo y estado generacional.

Al respecto Umaña-Taylor (2004) encontró que la identidad étnica es más saliente para adolescentes de origen mejicano cuando ellos están en un contexto de minoría que en un contexto de mayoría; tal vez Sabatier (2006) da algunas luces al respecto cuando encuentra que es más fácil asumir la pertenencia étnica en una relación de intergrupo para la minoría que la nacionalidad, teniendo en cuenta que los límites de pertenencia étnica están más claros, mientras aquellos de la identidad nacional –en términos de comportamiento y sentimientos– son demasiado difusos y vagos debido a la diversidad de intragrupo.

1.3. ESTUDIOS DE IDENTIDAD ÉTNICA Y NACIONAL DESDE LA TEORÍA DE LA IDENTIDAD SOCIAL

Para finalizar el análisis de este primer grupo de investigaciones se trae a colación un artículo muy reciente, que aún no ha sido publicado, elaborado por Sabatier (2006) y que resulta de interés porque en él se plantea el estudio de ambas identidades, es decir, étnica y nacional. Este estudio se fundamenta en varios aspectos: a) Un modelo bidimensional de la aculturación, donde tanto identidades étnicas como nacionales son considerados como elementos de una identidad cultural más amplia (Phinney, Horenchuk et al., 2001, citado en Sabatier, 2007), b) Un marco sistémico ecológico, al explicar que la identidad cultural está muy determinada por la influencia de la familia, la comunidad y los con-

textos nacionales, en el modo de un modelo interactivo (Bourhis, Moïse et al., 1997; Phinney et al., 2001, citados en Sabatier, 2007), c) La teoría de la identidad social de Tajfel y Turner (citados en Sabatier, 2007), quienes han identificado varias consecuencias de ser miembro de un grupo devaluado y han perfilado tres estrategias para adaptarse: movilidad individual (por ejemplo, fuga del grupo), reforzando la identidad étnica comparándose positivamente con el grupo, e implicación en movimientos sociales, y por último d) La exploración de la identidad étnica a lo largo de dos dimensiones: el sentido de afirmación y la exploración. Esta investigación se realizó con 395 adolescentes de segunda generación nacidos en Francia y sus padres (356 madres y 292 padres). Se tomaron de cinco grupos étnicos: algerinos, antillanos, marroquíes, portugués y vietnamita, edad promedio de 15 años y el 85% de los adolescentes vivieron con ambos padres. Para la medición se usó un cuestionario de identidad étnica para adolescentes (Phinney, 1992) y un cuestionario de identidad nacional que medía dos dimensiones: la afirmación de la identidad (sentido de pertenencia y afirmación de identidad) y la exploración; este cuestionario se hizo con escala de Likert de 5 puntos.

El estudio de Sabatier (2006) presentó los siguientes resultados: a) La afirmación étnica y nacional se presentaron como dos orientaciones independientes; su interacción es un elemento de la cultura más que un proceso del desarrollo. b) La identidad étnica (afirmación y exploración) fue mejor explicada por todos los niveles de variables que la identidad francesa. c) La pertenencia étnica es más fácil para asumir en una relación de intergrupo para la minoría que la nacionalidad, lo cual evidencia que los límites de pertenencia étnica están claros mientras aquellos de la identidad nacional, en términos de comportamiento y sentimientos, son demasiado difusos y vagos debido a la diversidad de intragrupo y d) Las relaciones familiares han ejercido una influencia más alta que lo esperado en estudios anteriores. Este último estudio muestra la importancia del análisis de ambas identidades, y reafirma la importancia de tener en cuenta el marco de un sistema ecológico, es decir, la influencia social y familiar en el desarrollo de la identidad étnica y nacional

en un individuo, lo cual sugiere otras investigaciones que tengan en cuenta diferentes variables, debido al carácter multidimensional y complejo de la identidad como tal.

En resumen, los trabajos realizados confirman la importancia del fundamento de la teoría de Tajfel y Turner para el estudio de la identidad social, nacional y étnica, pues se complementan con aspectos de la teoría ecológica, principalmente en los estudios de la identidad étnica, lo que da relevancia a la influencia contextual especialmente de la familia, los pares y la organización del grupo étnico; esto muestra la importancia de entender la identidad como un concepto multidimensional y complejo, que requiere el estudio interdisciplinar.

A continuación haremos referencia al segundo grupo de estudios centrados en el aspecto cognitivo, específicamente en las representaciones cognitivas sobre la identidad nacional

2. LA IDENTIDAD ÉTNICA Y NACIONAL: INDAGACIONES EVOLUTIVAS

Hasta aquí nos hemos ocupado de los postulados de la teoría de la identidad social y algunas de las elaboraciones posteriores que amplían los alcances de esta teoría, y responden a problemas que en su formulación previa no podían ser explicados.

Reconociendo la validez e importancia de los aportes que desde la psicología social se han hecho a la comprensión de la formación de la identidad nacional, hemos revisado la teoría de la identidad social y un grupo de estudios que amplían el alcance de sus explicaciones. No obstante, tal como lo hemos señalado, se siguen planteando algunos problemas que no tienen respuesta en el marco de la teoría de la identidad social.

Por otra parte, los aportes de la psicología a la comprensión del tema que nos ocupa no se limitan al campo de la psicología social. Los trabajos de Piaget, desde la psicología genética primero y las elaboraciones posteriores, ofrecen otras líneas de reflexión que permiten elaborar explicaciones del desarrollo de la identidad nacional como un aspecto más del desarrollo evolutivo.

En este marco de ideas, coincidimos con Torres (1994, cit. en Hoyos, 2003) en sus consideraciones acerca de la teoría de la identidad social, así como con las explicaciones que aluden a un proceso de identificación al margen de la comparación social; más que resultado de un proceso “*endocultural*” que obedece sólo a transmisiones intergeneracionales, ofrecen una imagen pasiva del individuo, dependiente de la influencia de su contexto social. Las explicaciones sobre la construcción de la identidad nacional, desde estas posiciones, no escapan a este problema. Asimismo, la explicación basada en la *despersonalización* y actuación conforme a los valores del grupo, como hemos visto, no garantiza una homogeneidad de las actitudes (en sus aspectos cognitivos, afectivos y conductuales) hacia la nación.

Para Torres (1994), en medio de la fuerza de la influencia del entorno social, el individuo conserva grados de libertad, lo cual se refiere a la originalidad y a lo único, a lo propiamente individual. Aunque algunas explicaciones se apoyan en la identidad personal positiva y fuerte para explicar la mayor independencia del grupo y, por tanto, un mayor grado de libertad con respecto a los valores del grupo, Torres explica este grado de libertad individual a partir de las teorías implícitas.

La explicación de ese aspecto individual, que Torres adjudica a las teorías implícitas, responde, a nuestro modo de ver, de una manera más profunda, a la actividad constructiva del sujeto mediante la cual elabora una síntesis de los distintos elementos que componen el conocimiento social: normas, valores, explicaciones, los cuales forman parte de su experiencia personal gracias a los instrumentos o capacidades intelectuales que adquiere a lo largo de su desarrollo evolutivo (Delval, 1989; 1992).

Este proceso constructivo explica las similitudes de las ideas o nociones entre sujetos de la misma edad y las diferencias que aparecen al comparar las respuestas de sujetos de distintas edades. Este proceso constructivo refleja también el carácter permanente de dichas construcciones, ya que aunque los adultos posean ideas más sofisticadas sobre distintos aspectos sociales, no por ello éstas coinciden con las ideas formales o científicas que existen en los dis-

tintos ámbitos del conocimiento; dependiendo la semejanza con ellas, en mayor o menor grado, de la experiencia en cada dominio de conocimiento.

En resumen, aunque resulta evidente la influencia de las virtudes nacionales, especialmente en los casos en que favorece la autoestima de la identidad personal, siempre nos encontramos con diferencias individuales. Coincidimos con Torres (1994) que, aunque no existen hasta el momento respuestas contundentes, hay diversas posibilidades en la construcción evolutiva de la identidad personal y social (nacional en nuestro caso), y éstas pueden darse en el marco de explicaciones evolutivas desde un enfoque cognitivo estructural.

Por otro lado, si tenemos en cuenta las teorías que explican la construcción de la identidad nacional con base en la comparación social, en la que es necesario no sólo diferenciar “mi grupo” de “tu grupo”, sino que además aquello que diferencia a “mi grupo lo hace mejor”, sería lógico pensar que la preferencia por lo propio va emparejada por un rechazo o prejuicio a lo ajeno. Sin embargo, aunque prejuicio e identidad evolucionan juntos en los niños pequeños, el prejuicio con frecuencia decrece con la edad, mientras que la identidad nacional se mantiene².

Retomando el interrogante planteado anteriormente, diremos con Torres (1994, p. 320)

² Aboud (1988; cit. en Torres, 1994, p.318). En este mismo sentido, con relación al prejuicio podemos señalar que aunque perviven distintos ejemplos de la existencia de prejuicios en los adultos y su relación con la defensa violenta de la identidad nacional, esto obedece a distintos aspectos que se entrelazan de manera compleja en la socialización del individuo en diferentes entornos; se observa, entonces, que la esperada disminución del prejuicio (como una oposición a lo diferente, como una necesidad cognitiva inicial) no decrece, sino que se mantiene. Es válida aquí la reflexión planteada por Torres sobre la perversión de prácticas sociales que perpetúan las líneas de acción que impiden la desaparición espontánea del prejuicio en un momento del desarrollo evolutivo. Es importante anotar que en este aspecto no sólo es determinante el aspecto cognitivo, sino que los aspectos sociales y afectivos juegan un papel importante.

“[...] que el sujeto construye de alguna manera su propia idea de lo nacional y su propia identidad nacional. No lo hace en solitario, sino inmerso en un influyente sistema cultural al que va poco a poco accediendo, compuesto de valores, creencia, ritos, normas, etc. La construcción personal se apoya en la negociación social, en el consenso de significados con los demás, que son los materiales de esa construcción. De tal forma que podemos decir que los ladrillos son los que hay y la “casa nacional” que uno fabrica admite un número restringido de posibilidades de edificación y existe un piso piloto como modelo propuesto. Aun así, estas posibilidades de edificación significan diferentes grados de identificación nacional en los individuos”.

En otras palabras: el ambiente cultural en el que se mueve el ser humano ofrece una variedad de posibilidades de construcción individual que, de una u otra forma, selecciona los aspectos relevantes dentro de los cuales el individuo, a su vez, escogerá los que él considere pertinentes, otorgándoles significados para construir lo que para él será su Identidad Nacional.

En lo que sigue se revisarán algunos estudios que desde este marco de trabajo han indagado algunos aspectos del desarrollo evolutivo o cambios en las ideas acerca de la identidad nacional que se produce con la edad.

2.1. ESTUDIOS QUE EXPLORAN EL DESARROLLO EN EL NIÑO DEL CONOCIMIENTO SOCIAL SOBRE SU PAÍS Y SU NACIONALIDAD

La identidad nacional, tal como se ha expresado en otros trabajos (Hoyos, 2003), es un tema complejo que implica la comprensión e integración del funcionamiento de distintos ámbitos del conocimiento. Las aproximaciones a la comprensión del proceso de construcción de la identidad nacional se han hecho a partir del estudio de distintas nociones implícitas en este concepto: noción de país, prejuicios y estereotipos, preferencias y rechazos al extranjero, símbolos nacionales, identidad lingüística, así como la comprensión de los sentimientos asociados a la nación.

Existen distintos trabajos sobre los diversos aspectos señalados previamente y cada vez más se encuentran estudios que aportan otros elementos para su comprensión. Gracias al trabajo del equipo de la Universidad Autónoma de Madrid, se dispone una recopilación de las investigaciones psicológicas, de carácter evolutivo, realizadas en Occidente hasta principios de los años ochenta.

En este apartado no pretendemos agotar la bibliografía existente. Resumiremos el trabajo del equipo de la Autónoma (1984) y revisaremos otros estudios más recientes (Molero, 1999 y Barret, 2000)³.

Siguiendo la revisión bibliográfica que sobre estos temas adelantó el equipo de la Universidad Autónoma de Madrid, inicialmente se revisa un grupo de trabajos sobre *conocimiento del propio país y otros países*, (Piaget, 1924; Niculescu, 1936; Piaget & Weil, 1951 Martín, 1979; Echeita, 1980 cit. en Echeita *et al* 1984) en los que se estudian las ideas de los niños acerca del concepto de nación y otras nociones relacionadas (pueblo, extranjeros, etc). Los hallazgos de estudios coinciden en señalar las dificultades de tipo lógico que subyacen a la comprensión de dichas nociones y el progresivo avance relacionado con la edad no sólo en la cantidad de información sino en el distinto manejo cualitativo de la misma.

En esta misma línea de trabajo Jahoda (1962 cit. en Echeita *et al.*, 1984) estudia también el conocimiento geográfico por parte del niño de países distintos al suyo, incluyendo la variable clase social. Los resultados en cuanto al progreso en el conocimiento geográfico son similares a los señalados previamente y se encuentra un mejor conocimiento entre niños de clase media que entre la clase trabajadora.

Este mismo autor, en su trabajo de 1963b, en el que parte del estudio de Piaget & Weil (1951), encuentra algunos resultados diferentes, especialmente en las edades en las que se presenta un

³ Nos serviremos de estas publicaciones sólo en los casos en los que no se haya tenido acceso a los artículos originales.

mayor número de respuesta en la comprensión de algunos aspectos lógicos de inclusión. Asimismo, encuentra diferencias en cuanto al nivel socio-económico en el conocimiento geográfico verbal y espacial, siendo estos los datos más favorables para la clase media.

En 1964, Jahoda presenta unas críticas a los trabajos de Piaget con relación a la secuencia de desarrollo planteada por este último. En este trabajo Jahoda señala las dificultades inherentes a la comprensión de las categorías sociales, como lo es la de nacionalidad, la cual para él es más abstracta y menos ligada a índices perceptivos.

A partir de estos resultados de Piaget y Jahoda se llevaron a cabo algunos estudios con población madrileña (Del Barrio, 1979 y Delval & Del Barrio, 1981) y se encontró que sólo a partir de los 10-11 años de edad se da la integración entre los aspectos geográficos y lógicos para comprender la noción de país, lo cual coincide con el trabajo de Piaget & Weil (1951). Asimismo, reportan mayor dificultad en la prueba manipulativa de inclusión que sugiere la dificultad de los niños para poner en práctica su conocimiento verbal sobre la doble pertenencia a distintas unidades nacionales.

Un estudio con niños turcos de 6 y 7 años confirma que no existe noción de país a esas edades, aunque sí actitudes hacia la propia nación (Ugerel-Semin, 1965, cit. en. Echeita et al., 1984), lo que pone de manifiesto una vinculación afectiva hacia la nación entre los más pequeños, aun antes de ser capaces de dar cuenta de lo qué es una nación.

Otro grupo de trabajos sobre estos mismos aspectos se han preocupado más por indagar en las maneras en las que influye el medio social en la comprensión de estas nociones (Marsh, 1966 cit. en Echeita et al., 1984; Towers; 1974; Delval, Del Barrio & Echeita, cit. en Echeita et al., 1984). Los resultados obtenidos han sido en algunos casos diferentes. Así, el estudio de Delval, Del Barrio y Echeita encuentra ventaja entre los niños urbanos, a diferencia de los datos de Marsh y Towers.

Grosso modo se encuentra que la mayoría de estos estudios realizaron un análisis que va desde lo lógico a lo social. Estos estudios ponen en evidencia que lo lógico no siempre puede explicar la

diversidad de respuestas en el campo social e, incluso, la ausencia de éstas en situaciones diferentes en las que por correspondencia con lo lógico eran esperables. Se reconoce que variables afectivas y otras asociadas a los contextos en los que se presenta la situación, hacen compleja la respuesta del sujeto, lo cual en ocasiones da la idea de que no existe consistencia en la aplicabilidad de la estructura lógica que, analizadas de maneras diferentes, arrojan datos en apariencia contradictorios.

Algunas diferencias se han explicado a partir de la diversidad de técnicas utilizadas, así como por los diferentes grados de complejidad de las tareas propuestas. No obstante, Jahoda (1964) encuentra que las diferencias se dan no sólo por dificultades en el manejo de las categorías lógicas y la diversidad de tareas utilizadas, sino también por la dificultad inherente a las categorías sociales. Según Echeita et al. (1984), esta explicación parece coincidir con la teoría piagetiana y su noción de desfases horizontales en algunas operaciones (en este caso, operaciones de clase), según el contenido al que se aplique.

Estudios realizados en la década del noventa, en los que se ha indagado de alguna forma por el conocimiento del país (Barret, 1995; Molero, 1999; Willson H, 1998), señalan que los niños desde tempranas edades tienen un conocimiento de los países y pueden nombrarlos, aunque no tengan claro el concepto de país, lo que confirma resultados previos de Jahoda (1962, cit. en Echeita et al., 1984), Ugerel - Semin (1965, cit. en Echeita et al., 1984), Piaget y Weil (1951). Asimismo, otros investigadores (Barrett, 1996; Barrett & Farroni, 1996; Axia, Bremner, Deluca & Andreasen, 1998) encuentran que el conocimiento geográfico de los niños mejora entre los 12 y 13 años de edad.

Por otro lado, un estudio realizado por Barrett y Short (1992), acerca del conocimiento de los niños sobre Europa, indica que el conocimiento del propio país y de otros países se relativiza en la medida en la que se posee mayor información. En este resultado se pone de relieve la importancia de la información en el conocimiento social y la forma como ésta determina las respuestas de los sujetos.

Otro grupo de trabajos revisados por Echeita et al. (1984) se relacionan con la *formación de actitudes hacia el propio país y hacia otros países*. En este sentido, se han encontrado coincidencias entre los trabajos de Piaget y Weil (1951) y los de Jahoda (1962, cit. en Echeita et al., 1984) y Ugurel-Semin (1965, cit. en Echeita et al., 1984) en lo que respecta a la evolución de los criterios de preferencia por su país; resultados similares han sido reportados por Tajfel y Jahoda (1966, cit. en Echeita et al., 1984) y Tajfel, Nemeth, Jahoda, Campbell & Johnson (1970).

Con relación a este mismo tema se ha estudiado la preferencia por el propio país en muestras en las que aparecían sentimientos de minusvaloración, al compararse con otros grupos por los que sentían más admiración. En este sentido, Echeita et al., (1984) reporta los trabajos de Tajfel, Jahoda, Nemeth, Rim & Johnson (1972); Jaspard, Van de Geer, Tajfel & Johnson (1973); Stillwell & Spencer (1973) en los que, en general, se encontró una mayor identificación con el grupo nacional admirado que con el propio.

La reciprocidad es otro de los aspectos estudiados que explican la evolución de las actitudes del sujeto hacia el propio país y los otros. Algunos hallazgos sobre este aspecto señalan que el sujeto comienza por considerar como único posible su punto de vista, lo cual lo lleva a ser egocéntrico, tanto intelectual como afectivamente. Luego irá abandonando progresivamente estas dos posturas y coordinando múltiples puntos de vista, hasta lograr la descentración. Diferentes investigadores han coincidido en este hallazgo (Piaget & Weil, 1951; Martín, 1979). No obstante, Tajfel & Johnson (1970 cit. en Echeita et al., 1984) encontraron algunos resultados que no coinciden con la idea de que una vez adquirida la reciprocidad se aplicaría a todos los países. Estos autores sugieren que hay aspectos afectivos que interfieren en el momento de hacer uso de la reciprocidad.

Echeita et al., (1984) recoge también el estudio de Genesee, Tucker & Lambert (1978), el cual muestra cómo entre más conocido y familiar es un país más fácil es ponerse en su punto de vista.

Algunos estudios realizados en los años noventa (Barrett & Short, 1992); Barrett, Wilson et al., 1999) en los que se indaga

sobre el desarrollo de las actitudes hacia el propio grupo nacional y otros países, encontraron que aunque muchos niños parecen adquirir una preferencia sistemática por su propio país y nacionalidad desde los 6 y 7 años de edad, también pueden, muchas veces, sentirse inclinados positivamente hacia otros grupos diferentes al propio, lo cual confirma hallazgos de estudios previos (Lambert & Klineberg, 1967; Middleton et al., 1970).

Torres (1994), al estudiar el proceso de identificación con el grupo nacional, observa que en un nivel semejante de identificación con los valores de su nación, unos niños desarrollan prejuicios hacia otras naciones y, otros, en absoluto. En este mismo sentido, Aboud (1988 cit. en Torres, 1994, p. 325) considera que los procesos de *autoidentificación* no conducen sino a la preferencia por el propio grupo y que la percepción de las diferencias con otras naciones puede relacionarse más con el prejuicio. Sin embargo, Torres (1994) no ve claro que la autoidentificación pueda prescindir de la comparación social, que se basa, precisamente, en las diferencias entre naciones.

Un estudio más reciente dirigido por Calvo (1999 cit. en Aguirre, 1999), que explora las actitudes racistas de estudiantes universitarios madrileños, reseña distintos hallazgos, algunos de ellos contradictorios. Por un lado, se observa una tendencia a la convivencia entre las culturas frente a una baja proporción que piensan que los inmigrantes deben adoptar la cultura del país de acogida. En contraste con este resultado, cerca del 50% de los estudiantes universitarios madrileños se consideran “algo racistas”. Los resultados de este estudio indican la necesidad de profundizar en estos aspectos entre la población escolar y universitaria, con el fin de ahondar en estos hallazgos, de tal modo que se pueda intervenir a favor de una educación más centrada en valores de convivencia, necesarios para el horizonte que crea la actual Unión Europea.

En lo concerniente a la formación de *estereotipos*, los estudios revisados por Echeita et al., (1984) permiten resumir los hallazgos de la siguiente manera: se confirma la existencia de estereotipos en los niños, más sobresalientes para algunos países que para otros.

Respecto a la evaluación afectiva de los niños de los distintos países, ésta es más positiva cuando se trata de países más parecidos al propio. En cuanto a la *autoidentificación*, las respuestas que hacen referencia a la nacionalidad aparecen sobre todo en los sujetos mayores, mientras que las descripciones físicas o que hacen referencia al sexo de los sujetos son más frecuentes entre los pequeños. Algo semejante ocurre en las descripciones de otros grupos sociales en los que conforme avanza la edad, la caracterización físico-racial da paso a descripciones de personalidad y/o referida a aspectos políticos y religiosos.

Los estudios relativos al *conocimiento de los símbolos nacionales* muestran que la comprensión de la bandera como símbolo aumenta con la edad (Moreno, 1979; Molero, 1999), sin que esto signifique que necesariamente se valore la propia bandera como la mejor. Los sujetos mayores admiten con mayor facilidad el cambio de bandera y relativizan el carácter sagrado de los símbolos nacionales, aceptando por tanto usos no convencionales de la bandera, tal y como lo evidencian los resultados del estudio inédito de Delval y Moreno (cit. en Echeita et al., 1984).

Puede decirse entonces, que hay una evolución en la comprensión de los símbolos nacionales, que al comienzo aparecen relacionados con situaciones concretas y más tarde toman su significado de símbolo nacional. Con respecto al papel del contexto en la comprensión de los símbolos, no se reporta ninguna diferencia, tal y como se puede ver en el estudio de Jahoda (1963b) sobre las canciones nacionales y Arribillaga y Molero (1994), al realizar un trabajo en el que se intentaba demostrar la influencia del medio en la construcción del conocimiento del niño, encontraron que las ideas que estos poseen no son, en ningún momento, repetición de las ideas adultas sobre los símbolos, lo que evidencia la construcción individual que hace el niño inmerso en un contexto de influencia social. Por su parte, Molero (1999) encontró además que ni el factor sexo, ni el modelo lingüístico de escolarización (como influencia del medio social) influyen en el proceso de comprensión de los símbolos nacionales, de modo que los niños siguen un proceso de

elaboración propia más acorde con el nivel de desarrollo cognitivo, que con los factores sociales, lo cual confirma resultados de estudios previos, como el Weinstein (1957).

Otros estudios confirman estos hallazgos, tales como el de Padilla, Pertegal e Ignacio (1998), quienes también señalan un proceso de elaboración relacionado con el desarrollo cognitivo, y encontraron diferencias cualitativas entre las explicaciones de los sujetos más jóvenes y de los mayores. Resultados similares son reportados por Padilla, Pertegal, Grueiro y Campdesuñer (1998) en un estudio sobre la identidad nacional del cubano, y por Padilla y Jacobo (1999), al estudiar la construcción de la identidad nacional en sujetos mexicanos.

Puede decirse entonces que la adquisición del concepto de símbolo asociado al concepto de identidad nacional es gradual e independiente del contexto. El orden de adquisición se podría explicar en función de la capacidad para realizar operaciones lógicas que relacionan un conjunto de términos, y también por la disponibilidad de información sobre esos términos. No obstante, la vinculación afectiva hacia los símbolos nacionales sí parece recibir la influencia del contexto social. En este sentido, Moreno (1979) y Moodie (1980), indican que la importancia de un símbolo nacional en particular varía en función del grupo social al que pertenece el individuo, y que confirma hallazgos previos de Lawson (1975 cit. en Echeita et al., 1984), quien encontró que se pueden inferir actitudes políticas, dependiendo de la adhesión a la bandera.

Horowitz (1941), quien indagó sobre la adhesión a la bandera, encontró que aunque desde tempranas edades los niños expresan su adhesión a la de su país, entre los mayores las razones de esta adhesión son más del tipo “porque es la bandera de mí país”.

Otro grupo de trabajos reporta algunos datos respecto a la vinculación afectiva hacia la nación. En este sentido Torres (1994); Barret (1995, 2000); Bennett, Lyons, Sani y Barrett (1998); y Wilson (1998) señalan que desde edades muy tempranas los niños desarrollan sentimientos que los vinculan afectivamente hacia el país, lo cual confirma resultados de estudios previos (Lambert &

Klineberg, 1967; Tajfel, Jahoda, Nemeth, Campbell & Jonson, 1970).

Estudios realizados con poblaciones en conflictos, como los de Hosin y Cairns (1984), con población escolar de Jordania, Irlanda del Norte, Irak e Irlanda, y los de Carrington y Short (1995), con escolares argentinos y británicos, señalan que los conflictos del país, aunque pueden generar conciencia muy temprana de las situaciones de violencia, no afectan la identidad nacional. Las situaciones de conflicto, por tanto, no sólo no disminuyen la identificación con el país, sino que, en algunos casos, la refuerzan. En este sentido, en un estudio exploratorio llevado a cabo por (Del Barrio, Hoyos & Gutiérrez, 1998), con una muestra de escolares madrileños en el que se indagaba aspectos negativos del país, se encuentra que los participantes además de identificar aspectos positivos de su país y sentirse a gusto con su nacionalidad identifican aspectos socio-políticos de carácter negativo como aquellos que menos les gustan de su nación.

Asimismo, Hoyos y Del Barrio (2006) realizaron un estudio que se proponía explorar el significado y valor de la pertenencia a su grupo nacional atribuidos por niños y adolescentes colombianos y españoles. Se exploró la influencia de la edad y del grupo nacional de los participantes en ambos aspectos. Se entrevistó a cien participantes, distribuidos igualmente por edad (7-19 años), género y país, acerca de diferentes aspectos, i.e. el significado de ser colombiano/español; su conocimiento socio-geográfico; el procedimiento por el que se logra la nacionalidad, su reacción a un uso hipotético no convencional de la bandera nacional, sus actitudes hacia los extranjeros, etc. El doble análisis del nivel de complejidad y del contenido temático de las respuestas mostró que a través de las distintas edades, las ideas acerca de la nacionalidad pasan de una noción naturalista que se basa en el nacimiento o el lenguaje, a una idea institucional, que se fundamenta en lo legal. En este aspecto no aparecen diferencias significativas por nacionalidad, mientras que en los aspectos afectivos estudiados, los participantes colombianos se muestran mucho más vinculados afectivamente a su país.

En cuanto a la construcción de la *identidad étnica* están los planteamientos de Vaughan (1987) sobre el desarrollo de la identidad étnica explicados a partir de un modelo psicosocial, en el que muestra la relación entre la identidad personal y la identidad social. Este modelo integra en la identidad personal el componente étnico que, en conjunto, darían como resultado un concepto de sí mismo. La explicación psicológica la da con base en la actividad perceptual, que integra componentes afectivos y cognitivos y que genera procesos de comparación interpersonal para construir la identidad personal. Plantea una explicación evolutiva de la construcción de la identidad nacional en la que señala que un primer momento corresponde a la integración entre los componentes afectivos y cognitivos en el niño, que determinan la identidad étnica; luego el niño realiza una comparación entre su propia identidad y la de su propio grupo, que en los grupos mayoritarios da como resultado la identificación en un sentido positivo con el grupo, mientras que en los minoritarios ésta podría ser tardía.

Este modelo sólo nos ofrece la explicación de una parte del proceso, que sería la que se da en relación con el medio (otras personas y grupo), pero no nos dice nada sobre el proceso de construcción personal y cómo el sujeto selecciona información en distintos momentos para ir construyendo su identidad y de qué depende que sea así.

3. ESTUDIOS SOBRE LA IDENTIDAD NACIONAL QUE COMBINAN AMBOS FUNDAMENTOS TEÓRICOS: DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL Y DE LOS ASPECTOS EVOLUTIVOS- COGNITIVOS

Dentro de esta categoría de estudio se encuentran diversos trabajos como son, en primera instancia, Vila, Del Valle, Perera, Monreal y Barret (1997), quienes han realizado un estudio sobre la autocategorización, identidad nacional y contexto lingüístico. El objetivo de este estudio era comprobar que los niños y las niñas más pequeños evalúan a su propio grupo y a los otros grupos sin tener conocimiento específico de ellos, y que las evaluaciones son extremas;

además que, evolutivamente, los niños y las niñas tienen tendencia a adquirir más conocimiento de los grupos que son valorados más positivamente. De igual forma, que los niños y las niñas bilingües muestran un sesgo menor en la evaluación de su propio grupo y de los otros grupos; este objetivo nos permite señalar que este estudio se fundamenta en la teoría de autocategorización de Tajfel y que, además, se analiza ésta con unos componentes evolutivos.

Se examinaron 495 niños y niñas de 6, 9, 12 y 15 años de la ciudad de Girona (España), mediante una entrevista suministrada individualmente que incluía el uso de tarjetas, conjunto de adjetivos y preguntas abiertas. Los resultados ponen de manifiesto que algunas de las predicciones que se derivan de la teoría de la identidad social no se cumplen completamente. Por una parte, los niños y niñas más pequeños tienden a autocategorizarse no solo en relación con la edad y al sexo, sino también en relación con categorías nacionales y, además, la categoría de gironí está más presente en los mayores que en los pequeños. Por otra parte, con respecto a la condición lingüística familiar se encontró que el uso del catalán o del castellano como lengua familiar determina diferentes identificaciones nacionales –Catalán versus Español–, mientras que los bilingües se mantienen entre ambas.

Los diversos estudios de Padilla, Pertegal y Huelva (1998) se han fundamentado en la hipótesis de que la identidad nacional, como toda identidad social, se construye a lo largo del desarrollo y tiene un componente relacionado con las representaciones sociales existentes, pero a su vez con un componente actitudinal y afectivo que implica sentimientos de pertenencia a dichos grupos, el cual sirve como marco para la comparación social; bajo estos supuestos, los autores han tenido hallazgos importantes que fueron citados en el apartado anterior.

En esta misma línea Reizabal, Valencia y Barrett (2003) publicaron un estudio en el cual se proponían determinar con una muestra amplia (246 niños y niñas en tres subgrupos lingüísticos: sólo vasco, sólo español y bilingües; es decir, vasco y español en edades de 6 a 15 años), si la fuerza de la identificación nacional está

relacionada con la peculiaridad positiva atribuida al *ingroup* sobre el *outgroup*. De igual forma, les interesaba saber si había variación sistemática en las identificaciones nacionales como función de la lengua. El procedimiento consistió en la aplicación de entrevistas y se obtuvieron los siguientes resultados: correlaciones positivas entre la fuerza de la identificación y el grado de afectividad positiva atribuida al *ingroup* y frente a la variabilidad en las identificaciones nacionales expuestas por los niños; el estudio reveló además que había diferencias en efecto penetrantes en las identificaciones nacionales de niños como una función de su grupo lingüístico. En este estudio, al igual que en el anterior, también se cuestionaba un aspecto cognitivo-evolutivo, como es la reducción de la tendencia *ingroup* durante la infancia media como consecuencia de un cambio cognoscitivo del desarrollo general en el entendimiento de niños de grupos sociales en gran escala, y se encontró que esa clase de cambios relacionados con la edad con respecto a la atribución de características positivas y negativas en la evaluación adjetiva no ocurrieron. Este grupo de investigaciones nos muestra la tendencia e importancia de combinar tanto los aspectos teórico cognitivos-evolutivos como la teoría de la identidad social, atendiendo a la complejidad del tema estudiado.

Finalmente, es importante señalar que en lo referente a este tema se han realizado algunos trabajos desde la perspectiva de las representaciones sociales de Moscovici, como los recogidos por Duveen y Lloyd (1990) y Rosa, Bellelli y Bakhurts, (2000), de gran interés en el estudio de la identidad nacional con relación a la memoria colectiva, pero que no han sido objeto de la presente revisión.

A MODO DE CIERRE

Esta revisión permite afirmar que dentro del marco del conocimiento social, la construcción de la identidad **social** (nacional y/o étnica) es uno de los aspectos que nos permite estudiar la génesis de la persona como pensador político, y comprender su conducta como

ciudadano. El razonamiento ante hechos como el abstencionismo en las votaciones o los fraudes electorales, la defensa o indiferencia ante los símbolos nacionales, el conocimiento y actitudes ante los **conciudadanos** y/o extranjeros, son entre muchos otros, elementos del pensamiento y la conducta como ciudadanos, que pueden ilustrar el significado y el valor que la persona concede a su pertenencia a una **región en particular** y a una **nación** (Hoyos, 2003).

Un grupo de estudio sugiere, en coincidencia con otros autores (Torres, 1994), que los niños van desde una conceptualización de carácter concreta, de tipo anecdótico y periférico, más en conexión con la experiencia personal, hasta llegar a ser capaz de conocer cómo integrar de manera progresiva los elementos más generales y periféricos para alcanzar una discriminación de las categorías objetivas culturales, psicosociales e institucionales en edades más avanzadas. En este mismo sentido, distintos autores Delval (1989); Delval (1994); Delval y Padilla (1999); Berti y Benesso, (1998); Berti y Andriolo, (2001) y Berti y Bartola, (2006), entre otros, han señalado cómo la comprensión de los aspectos políticos exige la integración de distintos aspectos no sólo referidos al ámbito de las instituciones sociales y la comprensión de los papeles sociales.

En esta línea de ideas se concluye que con el incremento de la edad los participantes son capaces de coordinar e integrar distinta información. La representación de la nacionalidad, en sentido estricto, implica el conocimiento e integración de distintos aspectos: territoriales, culturales, económicos y legales, entre otros.

Otro grupo de estudios apoya la revisión a la teoría de la Identidad Social desde los planteamientos de Maritza Montero. La principal crítica de Montero a la teoría de Tajfel se centra en el concepto de identidad positiva y en la búsqueda ineludible de grupos que aporten elementos positivos a la autoestima. En este sentido, encuentra diferencias en los procesos de comparación social y de competencia social, en los que, según sus resultados, el *exogrupo* sale beneficiado en la atribución de características positivas. De este modo, en estudios sobre la identidad nacional en países latinoamericanos se ha encontrado una afirmación por parte de los

miembros del *endogrupo* de las características positivas del *exogrupo* (Montero, 1996, p.403).

Finalmente, se evidencia que la indagación sobre la identidad nacional exige tener en cuenta el papel del contexto en la manera en las que los sujetos construyen su identidad étnica y/o nacional .

REFERENCIAS

- AGUIRRE, B. (1990). El 47% de los universitarios opina que los inmigrantes incrementan la delincuencia. Madrid: *El País*, 1999, p. 4.
- ARRIBILLAGA, A.R. & MORELO, B. (1994). *Autodeterminación*. Madrid: *El País*, Aguilar.
- AXIA, G., BREMNER, J.G., DELUCA, P. & ANDREASEN, G. (1998). Children drawing Europe: the effects of nationality, age and teaching. *British Journal of Developmental Psychology*, 16, 423-437.
- BAICACOA, F. (1999). La construcción de nociones sociales. *Revista Psicodidáctica*, 009. España: Vitoria-Gazteis. Universidad del País Vasco.
- BARRET, M. (1995). The emergence of national awareness in children. Invited paper presentado en British Association for the Advancement of Science Annual Festival of Science, Newcastle.
- BARRET, M (1996). English children's acquisition of a European identity. En G. Breakwell y E. Lyons (Eds.). *Changing european identities: social psychological analyses of social change*. Oxford: Butterworth-Heinemann.
- BARRET, M. (2000). Children's knowledge and feelings about countries and national groups: a brief review of the literature. En: <http://www.surrey.ac.uk/Psychology/staff/papers/mb-litrev.html>.
- BARRET, M. & FERRONI, T. (1996). English and italian childrens knowledge of european geography. *British Journal of Development Psbychology*, 14, 257-273.
- BARRETT, M. & SHORT, J. (1992). Images of european people in a group of 5-10-year-old english schoolchildren. *British Journal Psychology*, 10, 339-363.
- BENNETT, M., LYONS, E., SANI, F. & BARRET, M. (1998). Children's subjective identification with the group and ingroup favoritism. *Developmental Psychology*, 34, 902-909.

- BERGER, P.L. & LUCKMANN (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BERTI, A & BENESSO, C. (1998). The concept of nation-state in italian elementary school children: spontaneous concepts and effects of teaching. *Genetic, social and general Psychology Monographs*, 124 (2), 185-209.
- BERTI, A & ANDRIOLO, A. (2001). Third graders understanding of core political concepts (Law, Nation-state, Government) Before and after teaching. *Genetic, social and general Psychology Monographs*. 127 (4), 346-377.
- BERTI, A & BORTOLI, N. (2006). La comprensión de instituciones del pasado en niños de 8 y 10 años. En: M. Carretero, A. Rosa y M. Gonzalez (Comps.). *Enseñanza de la historia y la memoria colectiva*. (p. 93-113). Buenos Aires, Barcelona: Paidós.
- CARRINGTON, B. & SHORT, G. (1995). What makes a person British? Children's conceptions of their national culture and identity. *Educational Studies*, 21 (2), 217-238.
- CUTTS DOUGHERTY, K., EISENHART, M. & WEBLEY, P. (1992). The role of social representations and national identities in the development of territorial knowledge: A study of political socialization in Argentina and England. *American Educational Research Journal*, 29 (4), 809-835.
- DEL BARRIO, C. (1979). *Un estudio sobre la adquisición de la lógica de clases aplicadas a conceptos sociogeográficos*. Memoria de Licenciatura inédita. Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Psicología, España.
- DEL BARRIO, C., HOYOS, O. & GUTIÉRREZ, H. (1998). Cambios en la cognición y emoción asociadas a la identidad nacional en niños y adolescentes españoles. Ponencia presentada en el Congreso Internacional sobre Identidad y Subjetividad, La Habana, Cuba.
- DELVAL, J. (1989). La representación infantil del mundo social. En E. TURIEL, I. UNESCO & J. LINAZA (Comps.). *El mundo social en el pensamiento infantil* (p. 245-328). Madrid: Alianza.
- DELVAL, J. (1992). El constructivismo y la adquisición del conocimiento social. *Apuntes de Psicología*, 36, 5-24.
- DELVAL, J. (1999). *El desarrollo humano*. Madrid: Siglo XXI.
- DELVAL, J. & DEL BARRIO, C. (1981). Un estudi pilot sobre la comprensió del concepte de país. *Annari de Psicologia*. [Edición especial de homenaje a Piaget], 109-138.
- DELVAL, J. & PADILLA, M. (1999). El desarrollo del conocimiento sobre la sociedad. En: F. LÓPEZ, M.J. FUENTES, I. ECHEBARRÍA & M.J. ORTIZ (Eds.), *El desarrollo afectivo y social* (p. 125-150), Madrid: Pirámide.

- DUVEEN, G. & LLOYD, B. (Eds.). (1990). *Social representations and the development of knowledge*. Nueva York: Cambridge University.
- ECHETA, G., DEL BARRIO, C., MARTÍN, E., MORENO, A. & DELVAL, J. (1984). El desarrollo del niño en el conocimiento sobre el propio país y el extranjero: Revisión de la bibliografía. *Revista de Educación*, 274, 171-206.
- FLAVELL, J. (1985). *El desarrollo cognitivo*. Madrid: Visor.
- GARCÍA, J. (2002). *Identidad cultural como acción. Alfabetización y construcción del discurso identitario en educación de adultos*. Memoria de tesis doctoral. Universidad de Sevilla, España.
- HOROWITZ, L. (1941). Some aspects of development of patriotism in children. *Sociometry*, 3 (4), 329-341.
- HOSIN, A. & CAIRNS, E. (Eds.) (1984). The impact of conflict on children's ideas about their country. *Journal of Psychology*, 118 (2), 161-168.
- HOYOS, O. (2003). *La construcción de la identidad colombiana y española en niños y adolescentes*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid. España.
- HOYOS, O. & DEL BARRIO, C. (2006). El significado cognitivo y afectivo de la identidad nacional en niños y adolescentes colombianos y españoles. En: M. CARRETERO, A. ROSA y M. GONZÁLEZ (Comps.). *Enseñanza de la historia y la memoria colectiva* (p. 137-160). Buenos Aires, Barcelona: Paidós.
- JAHODA, G. (1963). The development of children's ideas about country and nationality. I: The conceptual framework. *British Journal of Educational Psychology*, 33, 142-152.
- JAHODA, G. (1964). Children's concepts of nationality: a critical study of Piaget's stages. *Child Development*, 34, 1081-1092.
- KVERNMON, S. & HEYERDAHL, S. (1996). Ethnic identity in aboriginal Sami adolescents: the impact of the family and the ethnic community context. *Journal of Adolescence*, 19: 453-463. Tromsø, Norway.
- LABRADOR, J. (2001). *Identidad e inmigración: un estudio cualitativo con inmigrantes peruanos en Madrid*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- LAMBERT, W.E. & KLINEBERG, O. (1967). Children's views of foreign peoples: A cross-national study. Nueva York.: Appleton-Century-Crofts.
- LORENZI-CIOLDI, F. & DOICE, W. (1996). Identidad social e identidad personal. En F. MORALES & D. PÁEZ (Eds.), *Esterotipo, discriminación y relaciones entre grupos* (pp. 71-90). Madrid: McGraw-Hill.

- MARTIN, E. (1979). Un estudio sobre la formación de la lógica de relaciones. El concepto de extranjero. Memoria de licenciatura inédita. Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Psicología, España.
- MIDDLETON, M.R., TAJFEL, H. & JOHNSON, N.B. (1970). Cognitive and affective aspects of children national attitudes. *British Journal of Social and Clinical Psychology*, 9, 122-134.
- MOLERO, B. (1999). *El proceso de construcción infantil de la identidad nacional: Conocimiento del propio país y de los símbolos nacionales* Tesis doctoral. Universidad del país Vasco, España.
- MONTERO, M. (1996). Identidad nacional negativa y crisis socioeconómica. Un estudio psicosocial. Universidad Central de Venezuela. *Revista Latinoamericana de Psicología. Interamerica Journal of Psychology*. 30 (1).
- MORENO, A. (1979). *La adquisición de los símbolos nacionales en el niño y el adolescente*. Memoria de Licenciatura inédita. Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Psicología, España.
- PADILLA, M. & JACOBO, H. (1999). La construcción de una identidad en sujetos mexicanos. Poster presentado en el 29th Annual Symposium of the Jean Piaget Society, México, D.F.
- PADILLA, M., PERTEGAL, M. & IGNACIO, M. (1998) The development of social identity through city symbols and festival. Poster presentado en la XV Biennial ISSBD Meetings, Berna, Suiza.
- PADILLA, M., PERTEGAL, M., IGNACIO, M., GRUEIRO, I. & CAMPDESUÑER. (1998a). Una aproximación al estudio de la identidad del cubano desde una perspectiva evolutiva: algunos aspectos generales. Ponencia presentada en el Encuentro Internacional identidad y subjetividad, Universidad de La Habana, Cuba.
- PADILLA, M., PERTEGAL, M., IGNACIO, M., GRUEIRO, I. & CAMPDESUÑER. (1998b). The study of national identity through the knowledge about historical origins. Poster presentado en la XV Biennial ISSBD Meetings, publicación abstract XVth bienal ISSBD Meetings, Berna, Suiza.
- PALACIO, J. & GOSLING, P. (1997). La imagen de Colombia y su influencia en la identidad social de los inmigrantes colombianos. *Investigación & desarrollo*, 6, 77-96.
- PALACIO, J., ABELLO, R., MADARIAGA, C. & SABATIER, C. (2001). Impacto de la imagen de Colombia en la identidad y autoestima de los Colombianos. *Investigación & desarrollo*, 3, 288-311.
- PIAGET, J. (1924). *Le jugement et le raisonnement chez l'enfant*. Neuchâtel: Delachaux y Niestlé. Trad. cast.: *El juicio y el razonamiento*. Buenos Aires: Guadalupe, 1972.

- PIAGET, J. & WEIL, A.M. (1951). Le developpement, chez l'enfant, del l'idée de patrie et des relations avec l'étranger. *Bulletin International del Sciences Sociales (Unesco)*, 3, 605-621.
- REIZABAL, L., VALENCIA J. & BARRETT, M. (2003). National identifications and attitudes to national ingroups and outgroups amongst children living in the basque country. *Infant and Child Development*. 13, 1-20.
- RODRÍGUEZ, A., BETANCOR, V., RODRÍGUEZ, R., QUILES, M., DELGADO, N. & COELLO, E. (2005). El efecto de las identidades nacionales con distintos niveles de inclusividad en el prejuicio hacia exogrupos. *Psico-tema*, 17 (3), 441-446.
- ROSA, A., BELLELLI, G. & BAKHURST, D. (Eds.). (2000). *Memoria colectiva e identidad nacional*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- SABATIER, C. (2006). *Ethnic and national identity among second generation adolescents in France. The role of social context and family*. Bordeaux, Francia: Université Victor Segalen.
- SMITH, A. (1991). National identity. Reno: University of Nevada Press. Trad. cast. de A. DESPUJOL RUIZ-JIMÉNEZ: *La identidad nacional*. Madrid: Trama, 1997.
- SMITH, A. (1994). Tres conceptos de nación. *Revista de Occidente*, 161, 7-22.
- SALAZAR, J.M. (1992). Dos acercamientos a la identidad latinoamericana. *Boletín AVEPSO. Asociación Venezolana de Psicología Social*. Vol. XV, (1-3), 75-86.
- SUPPLE, A., GHAZARAIN, S., FRABUTT, J., PLUNKET, S. & SANDS, T. (2006). Contextual influences on latino adolescent ethnic identity and academic outcomes. *Child Development*. 77 (5). 1427 – 1433.
- TAJFEL, H., (1972). La categorization sociale. En S. MOSCOVICI (Ed.), *Introduction á la psychologie sociale* (Vol 1) (p.272-302). Paris: Larousse. Trad. cast. Introducción a la Psicología social/ conjunto dirigido por Serge Moscovici, con la colaboración de Jozef M. Nuttin... [et al.]. Barcelona: Planeta, 1975.
- TAJFEL, H. & TURNER, J.C. (1979). An integrative theory of intergroup conflict. En: W. G. AUSTIN & S. WORCHEL (Eds.), *The Social Psychology of intergroup relations*. Monterey, CA: Brooks/Cole.
- TAJFEL, H., JAHODA, G., NEMETH, C., CAMPBELL, J. & JONSON, N. (1970). The developmental of childrens preference for their own country: a cross-national study. *International Journal of Psbychology*, 5, 245-253.

- TORRES, E. (1994). La construcción psicológica de la nación: El desarrollo de las ideas y sentimientos nacionales. En M, J. Rodrigo (Ed.), *Contexto y desarrollo social* (pp. 305-344). Madrid: Síntesis Psicología.
- TURIEL, E. (1989). Dominios y categorías en el desarrollo cognitivo social. En: E. TURIEL, I. ENESCO & J. LINAZA (Eds), *El mundo social y la mente infantil*. Madrid: Alianza.
- TURNER, J.C. (1975). Social comparison and social identity: Some prospects for intergroup behaviour, *European Journal of Social Psychology*, 5 (5), 5-34.
- TURNER, J.C., HOGG, M., OAKES, P., REICHER, S. & WETHERELL, M. (1990). *Redescubrir el grupo social*. Madrid: Morata.
- UMAÑA-TAYLOR, A. (2004). Ethnic identity and self-esteem: examining the role of social context. *Journal of Adolescence*, 27, 139-146.
- VILA, I., DEL VALLE, A., PERERA., S., MONREAL, P. & BARRET, M. (1997). Autocategorización social, identidad nacional y contexto lingüístico. *Estudios de Psicología*, 60, 3-14.
- WEINSTEIN, E.A. (1957). Development of the concept of flag and the sense of national identity. *Child Development*, 28, 167-174.
- WILSON, H. (1998). The development of national identity in 5 to 11 year old English schoolchildren. Unpublished, PhD thesis, University of Surrey.